

El enterrador, la lechuza y la pala: un cuento musical

Ilustración musical sobre un cuento de Pilar Martín Gila

Bajo, recitador masculino, oboe d'amore y piano (1997)

© Sergio Blardony

INTRODUCCIÓN

La construcción del texto sobre el que está concebida la obra se fundamenta en la ausencia de adjetivos y la presencia de sólo tres sustantivos: enterrador, lechuza y pala.

La obra musical, desde la subjetividad, pretende adjetivar y sustantivar el texto literario con la sugerencia que le proporciona el mismo. Esto no supone una mera ilustración o una descripción de ambientes (que no existen como tales en el relato) sino una elaboración personal partiendo de un contenido semántico con una alta dosis de conceptualización que es consecuencia de la técnica literaria utilizada.

La construcción musical está realizada a partir de tres motivos que representan los tres sustantivos utilizados en el texto y que surgen paralelamente a su recitación. De esta manera se ha pretendido una asociación entre semántica y hecho musical.

Asímismo hay dos motivos predominantemente rítmicos que ayudan a la cohesión de toda la obra. En realidad se podría hablar de un único motivo que dependiendo de su tratamiento por ampliación o reducción cumple distintas funciones estructurales.

El bajo cumple una importante función formal dado que el texto que utiliza es el de las tres frases iniciales con cada una de las cuales está elaborada su parte en cada sección.

La elección instrumental se ha hecho en base a la sobriedad impuesta por la obra literaria.

NOTAS A LA RECITACIÓN

La recitación debe tener un cierto carácter inexpresivo, y lineal en la entonación. Una manera de ejemplificar esto sería recitar con un mínimo de movimiento de labios y cara. Se intentará evitar a toda costa una recitación dramática. Solamente existe un fragmento, dividido en dos partes, donde el crecimiento de la tensión dramática puede ser enfatizada (siempre que no constituya un cambio excesivamente radical respecto al resto de la recitación). En la primera parte de dicho fragmento (letra C, comp. 189 a 210) la música acompaña este crecimiento de una forma más explícita que en la segunda (comp. 211 a 225), donde se mantiene dentro de una tensión más apagada. La resolución o anticlímax correspondería al comp. 226 con el recitado sobre un silencio instrumental.

Sergio Blardony

1997

TEXTO

El Enterrador, la Lechuza y la Pala

La lechuza del enterrador ulula ante la pala.

La pala del enterrador cae sobre la lechuza.

El enterrador, el de la lechuza, vuelve a colocar la pala.

La lechuza parece meditar arriba. El enterrador empuña la pala para cavar. La pala se hinca hacia abajo.

La lechuza vive donde se va para estar siempre muriendo. Pero ella vive porque puede oír y puede cazar. Sólo lo que no se mueve es lo que está muriendo siempre, abajo, más abajo de lo que le interesa. Y es que tan abajo, tan profundamente, no quiere buscar porque sabe que por mucho que descienda no la cubrirá todavía. No por esto se rebela y se niega a caer, pero caerá cuando se canse y no por creer que no cabe. La pala sí, la pala picotea, rasga, remueve, y no se conforma y aspira a llegar más adentro. Pero ella es una pala, se supedita; por tener que supeditarse, se rebela, quiere medrar. La lechuza desprecia a lo que vive escarbando, atesorando lo que vacía. Ella, que acorazona de frente y apenas hurga si no es arriba. Ella no podría estar vaciando siempre, de siempre, por siempre, confundiendo descender con prosperar. O si al menos germinara. Pero ¿qué va a germinar de una pala o una lechuza? Estercolar sí, quizá sí, aunque perdiendo por alzarse demasiado abajo, perdiendo por transmudarse al codiciar. La lechuza se alza volando sobre, entre, por encima, pero nunca debajo. Luego se posa junto al enterrador para probarle que él puede mirar más lejos; aunque al anochecer parezcan amenazarle, de menos a más, lo de aquí, lo de allí y más allá. Pero sospechar de allí o más allá, al fin y al cabo, es arriesgarse a no ver, y avanzar para encontrarse, más adelante, aquí o cerca de ahí. Entonces la lechuza ulula ante la pala; quiere avisar de que ésa, que se supedita, ésa, que sirve, que se deja utilizar (al parecer pasivamente, inocentemente) proyecta llegar abajo, donde avenan a los que se amortaja porque son más y pueden embarrar tanto como si hubiera llovido siempre, incluso más, porque ellos terminan acomodándose sólidamente, perpetuamente, lapidariamente, y aprenden a gestionar lo que arriba queda por ocuparse. La pala quiere estar allí, quiere prosperar allí, ser más allí o casi, casi ahí, a lo mejor mañana. Pero necesita al enterrador, necesita que él la empuñe y escave, escave ambicionando, no obedeciendo. La lechuza ulula ante la pala,

avisando a un enterrador que parece no saber lo que acabará por enterrar. Ella se sabe fuera y no teme. Al enterrador se le puede vulnerar, vulnerarlo por donde vive, por donde duda. Duda entre conquistar abajo o seguir según ha seguido hasta ahora. Quizá deba escuchar a la pala; poder más, obedecer menos, pero vender a cambio lo de arriba, lo de esa lechuza que vuela mostrando cuánto hay por respirar a su alrededor; posiblemente nada a cambio de masticar para siempre lo que al llover se va pudriendo. Sin embargo, la pala sabe mucho, sabe que medrar hacia abajo es conseguir, tener, poseer definitivamente, sin asustarse de perder jamás. La pala del enterrador cae sobre la lechuza. La lechuza se echa a volar lejos. El enterrador ya está sólo con la pala. La empuña, la levanta, empieza a andar, elige dónde y allí la clava. Presiona hacia abajo, la llena y sigue vaciando. Suda, se enjuga, respira profundamente. Se inclina, crispa la pala, casi la estrangula. Más, más deprisa; ya falta poco. Observa, dimensiona. Basta. Ahora desciende, se tumba lentamente y se va cubriendo, se va yendo, paralizando, embalsamando. Apenas escucha ulular a la lechuza allá lejos. Pero sólo apenas, porque de pronto sonrío, se rescata y emerge resoplando para negar lo de antes. El enterrador, el de la lechuza, vuelve a colocar la pala y se marcha a dormir donde siempre, donde ayer, donde arriesga despertar o no.

© Pilar Martín Gila

1996